

Ana Cortés y sus Arcángeles

Por TERESA DONOÑO LOERO

"Mi alma, caminando entre zarzas en flor a su ascensión, se hace más buena, más pacífica, más pura cada día". Tal escribió de sí, con su impudicia característica, Juan Ramón Jiménez.

Hay seres que jamás se aplicarán la frase, ni siquiera en el último rincón de sus conciencias; por pudor, por no poder creerlo. Seres que, sin embargo, para el interlocutor evidencian esta manera envidiable de culminar una vida.

Así esa mujer pequeña, de ojos cansados y voz de suspiro. Ese Premio Nacional de Arte 1974, bautizado Ana Cortés Jullian. La que camina "entre zarzas en flor", madurada por la pena y por la dicha, empuñando su paleta y sus pinceles y creyendo a pie juntillas en un sueño de arcángeles que tuvo...

—Ahora soy feliz. La pintura es ahora mi existencia. Pero cuando era joven estaba muy dividida: quería el amor, quería el matrimonio, quería los hijos. Y cuando el amor se quebró... En todo caso, repito lo de Francois Mauriac: "No estoy aquí para hablar de mi corazón".

La cita va en un francés académico, de "erres" dulcificadas. Tal como, en 1920, la sorprendió hablando don Juan Francisco González.

—Le dije que había estado en París. "¿Estuviste en París?... Entonces te vienes a almorzar conmigo". Y nos fuimos en un carro, arriba. Y al llegar a un paradero vio a un doctor amigo y le gritó: "¡Oye, subel! Ella ha estado en París!" Entonces el médico subió.

Llegados a Jotabeche, discípula y maestro se aparearon. Ella contempló con ojos desmesurados la casa llena de cuadros y el jardín de las rosas, que, para siempre, quedaron palpitando su hermosura momentánea en telas de Juan Francisco González.

—Cuando llegué a Bellas Artes trabajábamos en el primer piso y arriba, en la balaustrada, veía yo acodarse a un viejo maravilloso. Después, cuando entré a su curso se portó muy coqueto conmigo: apenas si me miraba. Pero a la semana hizo clavar uno de mis croquis en la pared, lo que significaba un gran honor.

Decía don Juan Francisco: "Hay que ser tan rápido como para hacer un croquis de un pájaro que vuela". Y daba órdenes bastón en mano, paseándose sin cansancio. Y sus alumnos bailaban frente al atril y, en una hora, hasta sesenta croquis fueron capaces de hacer. Por eso...

—Todos sus alumnos éramos ases para el dibujo. Don Juan fue gran profesor, como yo no he conocido nunca.

Ana Cortés abre las ventanas del taller suyo que convive con el Cerro San Cristóbal, una higuera y un damasco exuberante...

—De un cuesco salió solo... ¡mire qué generosidad! Pinta tres horas al día, mientras otros duermen siesta. Con o sin inspiración, porque pintar es oficio.

—En la mañana me gusta salir, caminar, mirar, hablar con la gente.

Como que se buscó para vivir el lugar más apasible de Santiago (Bellavista con Pío Nono) y la calle más ignorada de las gentes: Crucero Exeter.

—¿Vio la palmera solitaria? Ahí pillé a Camilo Mori, mirándola, poco antes de morir. Y admirando mi barrio. Y le dije: "Camilo, hagamos una cosa. Este barrio... ¡lo dibujamos, lo pintamos, lo dibujamos! Después buscamos un escritor y editamos un libro"... Pero creo que ya él estaba muy cansado.

Por eso ella, sola, continúa su diaria contemplación.

—Yo soy una mujer de la calle; la calle es la que me gusta, más que las montañas. Calle con gente, claro. Una calle vacía no tiene sentido, porque no tiene un ser humano que le dé su dimensión.

Ana Cortés hace la presentación candorosa y sorprendida de su obra:

—Aquí empezaron a aparecer ciudades, ¿ve? Siempre la obra escapa a mi dominio y por eso yo estoy más contenta en este camino de la abstracción, porque los otros estilos amarran un poco. En realidad, el dominio de uno es la composición; lo demás brota solo. ¿Ve? Cuando demuelen edificios es tan lindo... esos papeles que quedan pegados a las paredes... ¡Este es un sismo! El terremoto de Valdivia. ¡Pobre ciudad!

Con emoción incontinida sube las escaleras. Esos



"No estoy aquí para hablar de mi corazón", como dijo Mauriac.

cuadros, niños juguetones que trae al mundo sin tregua, le juegan malas pasadas. En la foto del taller posa junto a Juan Francisco González, en el jardín de los Cortés Jullian, en la calle Santa Rosa.

—Tengo facha resuelta de dictador, con los brazos cruzados. Y es porque tenía mi gato en los brazos (soy gatera), y éste, al veral perro que aparece en la fotografía, saltó y me dejó así como aparezco.

Posa para "El Mercurio" y desliza una confesión: —¡Qué lástima no tener aunque fuera veinte años menos!

Ana Cortés, al hacer el recuento de sus días, dicta cátedra de afecto recibido a manos llenas, cultivado en los almacigos de su honda ternura y fructificado en plenitud.

—La persona que más me marcó en la vida fue mi madre. Era un ser excepcional. Siempre quiso que sus hijas estudiaran y trabajaran.

Siete hermanos y una infancia en París.

—Allá viví en casa de mis padrinos queridos (don Alejandro Bertrán y doña Mercedes Vidal). Yo no puedo hablar de mí sin nombrarlos. Me enseñaron valores... que están muy pasados de moda: por ejemplo el respeto a la labor ajena; el respeto por los ancianos. Ahora yo formo parte de los ancianos, pero en esa época me gustaba escuchar a mis mayores; me encantaba el pensamiento maduro.

En París, padrino y ahijada paseaban el Luxemburgo palmo a palmo, árbol tras árbol. Exploraban librerías, ahondaban el teatro de Molière y Corneille... Leían Dickens, Wilde...

Por eso, porque la floración de su cultura tuvo lugar en París y porque su alma se quedó divagando en el barrio del Odeón, sin poder zafarse, Ana Cortés volvió nada menos que ocho veces...

—Ahora no. Ahora soy chilena, chilénísima. No quiero irme de Chile; no quiero ir a ninguna parte donde insulten a mi Chile o lo calumnien. Ahora no iría a Europa. Porque lo único que me pidió mi patria por darme una carrera fue una miga de pan y un carbón-cillo. (La miga no la llevé nunca porque se me olvidaba y andaba como un mendigo pidiendo pan.)

Por eso se siente deudora. Por eso no es patriotera ni europeizante, ni snob. Por eso guarda el perfecto equilibrio de la profunda sabiduría de la propia tierra, mezclada con el caudal de los siglos vividos por el mundo entero.

—Entre 1931 y 1959 hice el curso de afiche en la Escuela de Artes Aplicadas. En las noches teníamos de alumnos a obreros y profesionales que iban a hacer

algo con sus manos. ¡Ahí conocí yo al chileno! El chileno es un ser de una dignidad innata. (Nunca tuve yo de ellos una palabra descompuesta.) El chileno es muy sensible. ¡Este país es extraordinario! Yo creo en el chileno y creo que vamos a salir adelante.

Este lapso prolongado de docencia es, en la vida de Ana Cortés, su récord de permanencia en tierra firme. El resto: un levar de anclas sin tregua.

—Mi hermano Carlos, el marino, me llevó a París en 1925 y entré a la Academia de André Lhote (¡gran maestro!), donde seguí un curso de composición y... ¡descomposición!

—A fines de 1959 jubilé y por primera y única vez en la vida fui rica. Imagínese: me dieron ocho millones de pesos que, en esa época, eran ocho mil dólares... Sin decir palabra, compré dos pasajes a Europa y me llevé a la Rebeca, mi hermana menor, que es como hija mía.

Para tres o cuatro viajes más le alcanzó el botín. Y ella era gloriosamente feliz, como niño que estrena un juguete: Porque tenía la escuela de saber vivir:

—Jamás en mi casa ni en la casa de los Bertrán o hablar del dinero; menos aún desearlo.

En 1966 la nombran Miembro Académico de la Facultad de Bellas Artes:

—Fue un honor que me cayó así, del cielo. Solo había otra académica mujer: Amanda Labarca. Ella... ¡con esos méritos inmensos! Y yo... ¡una pobre pintora! Tuve que decir un discurso, pero yo no sabía cómo son los discursos académicos. Después de todo no es tan difícil. Una cree que tiene que aparentar otra cosa, pero hay que mostrarse tal como una es.

Y el Premio Nacional de Arte llamado Ana Cortés —alma tan robusta dentro de tan pequeña estatura— cuenta más de sí misma:

—Yo soy una persona que me gusta la modestia. Me gustan los hotelitos. No me gusta andar en auto. ¡Soy apobrada! Y confío...

—¿En qué?

—En Dios y en unos arcángeles muy famosos que yo tengo, le diré. Hace mucho tiempo tuve un sueño en el que aparecían veinte arcángeles acá y veinte arcángeles allá. Eran todos de pelo negro mis arcángeles. Y me llevaron en un aeroplano de plata. Ellos arreglan cualquier problema; pero no hay que pedirles nada material, eso sí.

Ana Cortés Jullian. El más alto galardón de las artes nacionales no le pone ni le quita una coma en su existencia cristalina. Ella —madura al fin— va por la senda desprendida de toda contingencia. Su alma se hace "más buena, más pacífica, más pura cada día".